

gustia y de dolor? ¿No habrá en la “torre de marfil” un cómodo refugio para esconder cobardes y trágicas complicidades? Bien está que Azorín, autor de tanto libro exquisito, arroje la primera piedra. Tiene él la alta autoridad de un maestro y nadie osará decir que fines menguados mueven su mano al intentar el gesto justiciero.

En esta hora triste de España y del mundo, suena la palabra del maestro como una serena lección incitante.

CINCO DRAMAS EN UN ACTO, por AUGUSTO STRINDBERG.—Madrid, *Mundo Latino*, 1929.

Pulcra presentación, traducción admirable la de estos cinco dramas del atormentado escritor nórdico. Los títulos: *La más fuerte*, *Debe y Haber*, *Amor maternal*, *Ante la muerte*, *El primer aviso*. Y a través de los cinco dramas, único hilo conductor, una nota de angustia sorda, íntima, recóndita.

Estamos ante hombres y mujeres de carne y hueso, con pasiones, ambiciones, intereses, grandezas y miserias de hombres y mujeres. El autor no describe a sus personajes. Con trágica reciedumbre se imponen a nuestro espíritu, los sentimos vivir, fatales y desconcertantes. Es el mismo huracán de la novela rusa. ¿Quién ha logrado desentrañar la esencia de los personajes de Dostoyevski, Andreiev, Korolenko? Por ellos pasa la tragedia como una hoguera purificadora.

Nos presenta este libro cinco de las obras menores de Strindberg, pero cada una de ellas está llena de lecciones que ojalá aprovecharan quienes entre nosotros abrigan la noble intención de hacer un teatro que aspire a ser la interpretación de nuestra vida.

Recomendamos la obra no para que cada uno de nuestros Shakespeares criollos salga escribiendo dramas nórdicos, sino para mostrar la lección de fuerza y honradez que el libro encierra. En efecto, en páginas desnudas de literatura—de mala literatura, queremos decir—tomamos contacto con las almas de pasión y dolor que animan con su existencia la vida del drama. No hay apelaciones a lo sobrenatural, ni se invoca en vano al misterio, ni con retorcido gesto patético se llaman a concurso “los más nobles sentimientos que adornan el corazón humano”.

Pero sentimos todo eso sin que el autor rebaje la calidad estética del drama. Esa es su angustia y su gloria.

Si es una fatalidad, a despecho de cuantas declamaciones quieran convencernos de lo contrario, que con las formas y

procedimientos de Europa expresemos nuestra alma vernácula, nada más saludable para quien con honradez intente el ensayo de nuestro teatro, que todavía está esperando a su animador, que la lectura de estas fuertes y desnudas páginas de Strindberg.

DE MI VIDA. MEMORIAS POLITICAS, 1899-1913, por RODOLFO REYES.—Madrid, *Biblioteca Nueva*, 1929.

En la noche triste de la dictadura porfiriana, noche que todavía perdura para desgracia de México, hubo entre los amigos y colaboradores del dueño del país azteca, quienes, con lealtad, quisieron prestar una colaboración honrada e inteligente a la satrapía de ese indio afortunado, autoritario y feudal.

Una de esas figuras próceres parece haber sido el general Bernardo Reyes, que el autor de este libro recuerda y revive tratando de conciliar—¡síntesis difícil y heroica!—su imparcialidad frígida de juez con su afectuoso respeto de hijo.

Digamos, en homenaje a la verdad, que el señor Reyes, hombre culto y sereno, sabe dar a su relato, con la animada entonación de una obra de arte, la dramática vibración de un documento humano.

Este libro de memorias políticas se lee con el sostenido interés de una novela. Es una nueva luz que alumbra la interrogación de la tragedia de México. Conocemos en la intimidad a Porfirio Díaz y su grupo de “científicos”. La figura austera del General Reyes puede, en un momento variar el curso de la historia de México y ser—milagro de las combinaciones políticas—la salvación de Porfirio Díaz. Pero el viejo cacique recela y, entregado en brazos de la camarilla, aleja al único hombre que pudo darle el aura popular que faltaba al tirano. Tal, al menos, nos parece la personalidad del General Bernardo Reyes, en este libro que, ardiente de veneración y gratitud filiales, escribe quién fué el colaborador más eficaz del austero varón.

Caído Porfirio Díaz, Madero inicia la nueva vida mexicana y su debilidad, su falta absoluta de tino político, su ingenua buena fe, hacen de él la primera víctima de la revolución. Lo demás es el pan nuestro de cada día y todos lo conocemos: asonada, motín, cuartelazo, traición, asesinato. Todas las formas del horror y la tragedia. Madero, “el apóstol de los ojos ausentes”, como maravillosamente lo llama Araquistain en su libro apologético, no pudo evitar el huracán que ha arrasado con la vida civil de ese país heroico hacia cuyo porvenir miramos llenos de angustia y de esperanza. Atalaya en la frontera